

REVISTA

DEL MOVIMIENTO INTELLECTUAL DE EUROPA.

Este semanario se publica todos los domingos en números de 8 páginas de este tamaño y letra compacta.—
Cuesta UN REAL al mes en Madrid y 50 cuartos al trimestre en provincias á los suscritores de LAS NOVEDADES; y
TRES RS. al mes en Madrid y 10 reales el trimestre en provincias á los que no lo sean.

SUMARIO.

*La Alquimia moderna.—De la forma en literatura.—
Los Misterios de la naturaleza: el mundo microscópico.—La Caricatura.—Bosques y huertos ambulantes; de la trasplatación de los árboles en plena vegetación.—Premios.—El cable trasatlántico.—Las lenguas primitivas.—Aceite de tierra.—Desecación.—La ortiga.—Los baños.—El ajeno.*

LA ALQUIMIA MODERNA.

Segun prometimos en el número anterior, vamos á ocuparnos en este de las teorías de los alquimistas modernos, teorías que, como ya digimos, están fundadas en los principios de la química.

Nuestro dogma se reduce, dicen los modernos Valentinianos, á admitir que existe una sustancia capaz de transformar una sustancia química en otra, teoría cuya posibilidad han venido á demostrar los adelantamientos de la química moderna.

Por esto los alquimistas de hoy se diferencian notablemente de los antiguos: conceden á la piedra filosofal únicamente la virtud de verificar la trasmutación de los metales, sin sus antiguas cualidades ocultas. Esta exageración no fué más que un reflejo de las creencias filosóficas de aquellos tiempos.

Pero los alquimistas del siglo XIX no pueden menos de condenar estas místicas aberraciones.

El dogma alquímico consiste, como hemos dicho, en hallar simplemente el agente de la trasmutación.

Convengamos, dicen los alquimistas, en que el elemento ó elementos simples que constituyen los cuerpos tienen una naturaleza propia, inmutable; ¿creen los químicos que conocen este elemento ó elementos? ¿creen que los cuerpos llamados hoy simples lo son

realmente? No porque la ciencia no ofrezca hasta ahora medios para descomponerlos, hemos de asegurar que son elementales, incurriendo en una inconsecuencia singular. Se admite hoy que cuatro sustancias simples, el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el azoe, son los únicos elementos que entran en la composición de los cuerpos de origen orgánico; y se cree al mismo tiempo, que son necesarios más de sesenta elementos para formar los compuestos del reino mineral. De modo que el mundo sensible y activo, con todo lo que es necesario á su existencia, la atmósfera y el agua, los alimentos y bebidas, se componen de cuatro sustancias; ¡y el mundo inerte, el mundo de la materia bruta, que no tiene ni sensibilidad, ni acciones orgánicas, ni vida, ni desarrollo, necesita para sus combinaciones sesenta elementos! Contradicción imposible.

Los alquimistas principian, pues, por negar la posibilidad de que haya más de sesenta cuerpos simples, y sólo cuatro entren principalmente en la composición de los animales y vegetales. Nada más fácil que refutar este argumento. En efecto, esta negación, este asombro de los alquimistas, no es una razón.

En primer lugar, un alquimista que cree en la existencia de grandes arcaos en la química, no debe asegurar que hay sesenta y dos cuerpos simples: más razonable sería suponer que el número de los cuerpos elementales es infinito, y que estos se transforman unos en otros mediante una operación de la naturaleza, como ha supuesto un químico con motivo del descubrimiento de tres nuevos cuerpos simples.

Por lo demás, el orden de los fenómenos de la naturaleza no sufriría modificación alguna porque desapareciesen las pequenísimas cantidades de platino, de arsénico ó de zinc que hay diseminadas en el globo.

En cuanto á lo de que sólo cuatro elementos sirvan para producir funciones mucho más delicadas que los sesenta cuerpos simples, deba reconocerse que el argumento es-

tá mal presentado. Cuando se habla de la composición química de un cuerpo deben tenerse en cuenta las funciones de este cuerpo que dependen de su composición, no las que dependen de otras causas distintas. Los cuatro elementos que entran en los cuerpos orgánicos son gaseosos, excepto el carbono, y conviene que así sea, porque siendo poco su equilibrio químico, se prestan fácilmente á las mutaciones y las trasformaciones continuas que constituyen la vida de séres orgánicos. Los minerales, por la función que ejercen en la naturaleza, deben tener mayor estabilidad química, mayor inalterabilidad, lo cual exige la combinación de otros elementos, y en mayor número. ¿Cómo quiere compararse el papel activo que representan en la vida cosmológica los animales y vegetales con el pasivo que representan los minerales? Las mutaciones que experimenta una roca ó montaña se verifican con el concurso de los siglos: los séres orgánicos varían continuamente. De modo que si á los alquimistas se les presentara el problema de crear una naturaleza análoga á la nuestra, tendrían que emplear los mismos elementos que entran hoy en la composición de los séres orgánicos ó inorgánicos.

Pasemos á otro argumento.

Hasta hace poco tiempo, dicen los alquimistas, los químicos no han sabido que los productos minerales ú orgánicos pueden presentar una identidad completa en su composición, teniendo propiedades distintas y áun opuestas. Así el ácido fulmínico contiene exactamente las mismas cantidades de oxígeno, carbono y azoe que el ácido ciánico, y contiene estos elementos unidos en el mismo grado de condensación. Y sin embargo, estos dos ácidos son completamente distintos en sus propiedades. La química ofrece hoy en otra porción de cuerpos los mismos fenómenos, á cuya existencia se ha dado el nombre de *isomeria*.

Pero precisamente toda la teoría de la alquimia antigua está fundada en que los metales son idénticos en su composición, que todos están formados de dos elementos, el mercurio y el azufre, y que la diferencia de sus propiedades consiste sólo en las proporciones de estos dos elementos. El oro, por ejemplo, estaba formado de mucho mercurio y de una cantidad muy pequeña de azufre, y el estaño de mucho azufre y muy poco mercurio, y este poco puro.

¿Pero pueden presentarse como isoméricos los metales? Si esto es posible, la alquimia es una verdad de hecho: será realizable la transformación molecular de un metal.

A esto sólo decimos que la isomeria de los metales, fundada en los modernos estudios de Dumas, no es tampoco un argumento

concluyente. Y aunque admitiéramos que los metales puedan presentarse como isoméricos, ¿es esto suficiente para creer desde luego que todos ellos están compuestos de una sustancia única y que esta sustancia es el oro?

Vamos á otro argumento.

Hay hechos en la química moderna que permiten explicar con bastante claridad la trasmutación: por ejemplo, la fermentación; es decir, de esa operación química que se verifica en el seno de los productos orgánicos por una sustancia desconocida que se ha dado en llamar *fermento*.

La trasformación que tiene lugar dicen en las materias orgánicas bajo la influencia del fermento, es la imágen de los cambios que pueden producirse en los metales cuando se pongan en contacto con la piedra filosofal. Esto es, la piedra filosofal es el fermento de los metales. En los metales fundidos y espuestos al calor rojo, puede producirse una trasformación molecular enteramente análoga á la de los productos orgánicos.

No puede explicarse, nos dirán, este efecto. ¿Y quién ha explicado la fermentación? Se admirará alguno de que un grano de piedra filosofal pueda convertir en oro ocho onzas de mercurio, ¿pues no nos presenta la fermentación hechos tanto ó más notables que este? El fermento obra sobre las materias orgánicas en dosis *infinitesimales*: de manera que al contemplar que pequeñísima cantidad de fermento es necesaria para producir en ciertos casos la alteración en una masa enorme de materia orgánica, no se cree exagerada la esclamación de Raimundo Lulio: *Mare tingerem si mercurius esset*.

No es ménos sofisticado este argumento, que no es más que un esfuerzo de imaginación, para buscar en un fenómeno químico la posibilidad de la existencia de la piedra filosofal, despojada de sus propiedades sobrenaturales para que no repugne á las ideas del siglo. Para demostrar que el poderoso agente de la alquimia participa en algun modo de las propiedades de los fermentos; para admitir que en los metales en estado de fusión y á la temperatura del calor rojo puede verificarse una modificación molecular comparable á una fermentación, es preciso empezar por establecer la identidad de la composición de los metales, y esta es precisamente la dificultad que encuentra la alquimia.

DE LA FORMA EN LITERATURA

Uno de los principales obstáculos que se oponen hoy al cuidado de la forma en las obras literarias, es el poco valor que se da á estas por los editores.

Un autor que escriba con la debida conciencia, que lime sus escritos, que recuerde la conocida frase de Horacio *Vox missa nescit reverti*, y no dé á la prensa sino aquello que su criterio y el de algun imparcial crítico le aconsejen publicar, es seguro que se morirá de hambre, suponiendo que no cuente con más recursos que su pluma.

Lo que se necesita es trabajar al vapor, pues solo así hay probabilidad de obtener resultados positivos.

Los editores se enriquecen, el escritor gana con que ir viviendo, y la buena literatura yace abandonada.

Porque, en general, los editores no se cuidan del mérito literario de un libro. ¿Qué les importa que esté bien ó mal escrito? Si por el asunto de que trata calculan que ha de tener despacho, no piden otra cosa.

La masa del público tampoco se cuida de las delicadezas que constituyen lo que se llama estilo, ni de la pureza de la dicción, ni de los varios matices que diferencian la obra de un verdadero mérito, de la que sólo recomiendan la moda ó el capricho.

De ahí esa abundancia de libros defectuosos, en que el bello idioma de Cervantes aparece despojado de sus riquísimas galas, en que se desconocen hasta los rudimentos gramaticales, en que no se busca la fama póstuma, sino el beneficio inmediato; libros que se leen si acaso una vez, para no volverse á tomar en la mano; libros, en fin, cuya boga pasajera prueba el mal gusto de los lectores y suele redundar en descrédito de toda una época.

El mal es grave. La literatura nacional se resiente, hasta el punto de comunicarse la enfermedad á escritores de recomendables dotes, que, en circunstancias diferentes, darian honra á su patria.

Comprendemos que se escriba aprisa, que no se corrija detenidamente, cuando hay que abastecer las columnas de un periódico diario; pero es imperdonable el descuido, mejor diremos, el desprecio de todas las reglas del arte que se nota en esas novelas, hoy casi los únicos respiros de nuestra decaída literatura. Incoloras, inspidas, ni siquiera aciertan á encubrir la falta de ideas con las galas del lenguaje, porque este, ó se arrastra por el suelo, ó se eleva, en alas de la ignorancia, á regiones desconocidas, erizado de metáforas

vulgares, de solecismos, de construcciones opuestas á la índole del habla castellana. ¿Y todo por qué? Porque se escriben novelas á destajo, porque los editores no se paran en esas pequenezes, porque el público tampoco se pára; y así, cualquiera se cree capaz de entretenerle unos cortos instantes, de conciliarle el sueño, y á nada más aspira. Es la corrupción de que se quejaba Moratin en su comedia crítica *El Café*, sólo que entonces se habia escogido el teatro como medio, y ahora se hinca el diente en el libro, en la novela.

Para que se convenzan nuestros lectores de lo insípida ó incolora que es la prosa á que aludimos, transcribiremos algunos párrafos de una de las novelas que por ahí corren y cuyo autor no deja de tener dotes que le recomiendan, deslucidas fatalmente merced á la prisa con que trabaja.

Un sacerdote, próximo á morir, habla así á un desdichado huérfano:

«Eres bueno, hijo mio; Dios ha compensado la deformidad de tu cuerpo con la bondad de tu alma; la caridad es en tí un sentimiento profundo, y hasta cierto punto exagerado: no has poseído, no has podido dar, y sin embargo, yo te he visto privarte de tu pan para darle al hijo hambriento de un vecino pobre: la caridad es el sentimiento más noble, más alto, más puro del corazón humano; la virtud de las virtudes: la base del cristianismo; pero toda virtud, al exagerarse, puede convertirse en vicio, y en un vicio funestísimo: la caridad debe ser inteligente, severa, justa; no debe entenderse por caridad la que á todo tiende la mano, hasta al crimen, amparando al ladrón, ó al criminal, de cualquier género que sea, en daño de la sociedad y con escarnio de las leyes: eso no es la práctica de la caridad; es la demencia, causada por un sentimiento falso y exageradamente humanitario: la caridad no puede existir sin la justicia; y la justicia, que es una, sola, eterna ó invariable, no puede dejar sin represion, sin castigo, el crimen; ni es justo que para arrancar á un malvado del saludable rigor de las leyes, se le encubra, se le salve..... No quiere decir esto tampoco, que si delante de tí se detiene un sér perverso, en cuya frente tu inteligencia vea marcado un estigma, llames contra él á quien pueda detenerle, interrogarle, averiguar si está en el caso de ser sometido á la accion de las leyes; nó: un hombre honrado no debe ser denunciador: la sociedad tiene el deber de vigilar, por medio de sus agentes, á los criminales, y nadie, de *motu proprio*, debe convertirse; sino en casos muy especiales, en ese sér que se llama agente de policía.»

En el trozo anterior no hay *estilo*; es una

serie de palabras que carecen de la elevación propia de tales momentos. La vulgaridad de los consejos corre parejas con el desaliño de la frase.

Escusado es decir que en la novela de donde hemos tomado ese trozo, abundan locuciones como *apercebirse de ello, ir casa de, su mobiliario, hombros admirablemente curvos, á traves, ni áun siquiera*, etc., etc. Nótese, además, flojedad en los períodos, repeticiones imperdonables en un idioma tan copioso de voces como el castellano, ripios, en fin; todos los defectos anejos á una obra escrita con precipitación y mal remunerada.

Y no se diga que consiste en la sencillez del cuadro, pues la elegancia y distinción del estilo no están reñidas con la pintura de un curato de aldea.

Nada más sencillo que el cuadro trazado en el primer libro de *Los Miserables*; y sin embargo, ¡qué elevación de ideas! ¡qué nobleza en la frase!

Citaremos un ejemplo:

«A veces hacia uso (el obispo Myriel) (1) de una sátira suave, que casi siempre envolvía un sentido serio. Durante una cuaresma llegó á D... un cura joven, el cual predicó en la catedral. Estuvo muy elocuente: el asunto de su sermón era la caridad. Invitó á los ricos á socorrer á los indigentes, para evitar el infierno, que les pintó lo más espantoso que pudo, y para ganar el Paraíso, que bosquejó adorable y encantador. Había en el auditorio un rico mercader retirado de los negocios, un tanto usurero, llamado Geborand, el cual había ganado dos millones haciendo paños gruesos, bayetas y sargas. Mr. Geborand no había dado en su vida una limosna á un desgraciado; pero desde este sermón se observó que daba un cuarto todos los domingos á las pobres ya ancianas del átrio de la catedral. Eran seis las que se debían repartir la caridad del mercader. Un día el obispo le vió dando su escasa limosna, y dijo á su hermana con singular sonrisa: Ahí tienes al Sr. Geborand que compra un cuarto de paraíso.

»Cuando se trataba de la caridad no retrocedía ni áun ante una negativa, y solía en estas ocasiones decir frases ó palabras que hacían reflexionar. Una vez pedía para los pobres en una de las principales tertulias de la ciudad: hallábase allí el marqués de Champertier, viejo rico y avaro, el cual había encontrado medio de ser á la vez ultra-realista y ultra-volteriano; es esta una variedad que ha existido. El obispo, al llegar á él, le tocó en el brazo:

—»Señor marqués, le dijo, es menester que me deis algo.

»El marqués se volvió y le contestó bruscamente.

—»Monseñor, yo tengo mis pobres.

—»Dádmelos, le replicó el obispo.»

»Hemos citado al obispo Myriel, porque sin duda el autor de la novela á que ántes aludimos, tuvo presente este personaje, al poner en boca del cura moribundo el discurso sobre la caridad, entreviéndose la intención de censurar la manera cómo entiende el ejercicio de esta virtud aquel prelado.

Por nuestra parte, juzgamos más sublime la caridad del obispo que recibe en su casa al presidiario, rechazado de todas, que la del cura que aconseja no debe ampararse al criminal, pues esto sería la demencia, causada por un sentimiento falso y exageradamente humanitario.

Es mucho más evangélica la caridad del primero que la del segundo.

LOS MISTERIOS DE LA NATURALEZA.

EL MUNDO MICROSCÓPICO.

No vamos hoy á continuar describiendo precisamente la forma y costumbres de los animalillos microscópicos, sino á escribir, como diría un músico, *sobre motivos* de estos animalitos.

Una amable suscritora á esta *Revista*, que ha leído los artículos anteriores, nos dijo el otro día con toda la viveza y la curiosidad propias de su sexo:

—¡Ah! ¡yo quisiera ver esos animalitos!

—Nada más fácil, contestamos, teniendo un regular microscopio.

—¿Y por qué no se habían de ver con la vista natural? ¿Es decir, que somos cortos de vista para todo ese mundo microscópico?

Esta exclamación, tan sencilla y tan sincera; esta especie de queja de una curiosidad femenil, es el motivo de este artículo.

¿Es acaso una imperfección esa cortedad de nuestra vista? ¿Debemos lamentarnos de que nuestros ojos no descubran esas maravillas de la pequeñez, y de que haya esos misterios en la naturaleza? No; esta imperfección es un gran bien, y vamos á probarlo.

Varios autores religiosos han tratado de demostrar que en el mundo todo es como debe ser; como obra de una Sabiduría infinita, y que no podría ser de otra manera. Ciertamente, á poco que se variasen las leyes orgánicas, sería imposible la vida.

El hombre sería muy desgraciado si estu-

(1) Traducción de D. Nemesio Fernandez Cuesta.

viese dotado de un oído tan sensible que oyera el zumbido de todos los insectos que le rodean: el descanso le sería imposible; su estado continuo sería el de esos enfermos de temperamento nervioso á quienes el más pequeño ruido causa dolorosas impresiones. Si tuviese una vista tan perspicaz que descubriese ese mundo microscópico de que nos vamos ocupando, no habría para él hermosura en nadie, porque vería los poros del cutis más terso como profundos agujeros; no probaría el alimento, porque le vería lleno de animalitos y de cuerpos extraños.

Esta perspicacia, este aumento de la vista sería, considerado estéticamente, una verdadera calamidad. La pequeñez oculta los defectos; el aumento los manifiesta. ¿No ha tenido el lector alguna vez el capricho de mirar á la escena con los gemelos invertidos? ¿No ha visto entonces los trajes más brillantes, las figuras más airozas, los rostros más animados, los grupos más bellos? Pues esto mismo sucede en el mundo físico. La magnitud cede en belleza á la pequeñez. Lo grande suele ser simplemente grande. Los gigantes de la naturaleza; el elefante, la ballena, el avestruz, cada uno en su elemento, tienen que envidiar en belleza á todos los demás animales. Una vista que descubriera lo infinitamente pequeño, no vería en el mundo más que elefantes, ballenas y avestruces.

En el órden físico, como en el órden moral, el hombre no debe ver más de lo que ve. Los que conozcan la zarzuela del Sr. Picon, titulada *La doble vista*, ó la obra inglesa de donde está tomado el argumento, pueden convencerse de ello. Aquel lente que penetra en el alma, que lee los pensamientos, que descubre el pasado, que al traves de la serenidad del rostro examina las arrugas del corazón, del mismo modo que el microscopio al traves de la límpida gota de agua examina los animalillos, no puede usarse todos los días ni á todas horas sin causar la infelicidad del hombre. ¡Desgraciada criatura, que tiene que admitir la limitación y la ignorancia como grandes bienes!

Pero dejemos el mundo moral, y volvamos al mundo físico. Tan grande calamidad sería esa vista perspicaz, que la medicina la cuenta entre sus más horribles enfermedades. Citemos un caso.

En 1788 el doctor Smith, cirujano de Londres y profesor del célebre Abernethy, fué atacado repentinamente de esta enfermedad. Smith habia pasado la noche estudiando un tumor con el microscopio, alumbrado por una fuerte luz. Durmióse un poco, y cuando despertó, lo primero que hirió su vista fué un delgadísimo rayo de sol que penetraba por la juntura de la ventana, y formaba esa co-

lumna luminosa que todos hemos visto, en la cual pululan millares de átomos, y cuya copia es la desesperación de los pintores en el lindo cuadro del Museo, titulado *La Prisión de Francisco I.*

Con gran asombro de Smith, esos corpúsculos se le presentaron de un tamaño veinte ó treinta veces mayor, y eran al parecer restos vegetales, pedazos de lana, de seda, de pluma, cuerpos de todas formas y colores, por medio de los cuales pasaban insectos de forma desconocida y monstruosa.

Smith creyó esto una ilusión, pero siguió viendo todo aumentado: el pupitre le parecía un monte; el microscopio que estaba sobre él, una gruesa columna; sacó el reloj, y vió una esfera como la de la Puerta del Sol.

Asustado entonces, presa de un horrible vértigo, aturdido por las fuertes impresiones en la vista, llamó á Abernethy y á otros médicos, que declararon que el estado flegmático de las pupilas hacia divergentes, en vez de convergentes, los rayos visuales, produciendo una constricción en la pupila; ó más claro, que sus ojos se habian convertido en lentes de aumento. Una pronta y enérgica medicación remedió este grave mal.

Algunos otros casos semejantes se han curado con sangrías repetidas, y han dado á conocer que sería un horrible tormento esa perfección de la vista.

LA CARICATURA.

I.

Dicen que las artes varían con las edades y que reflejan el espíritu de cada época, para transmitirlo á las generaciones venideras. Si esto es verdad, si los siglos de fe dejaron impreso su carácter en los lienzos de Murillo y de Rafael; si la arquitectura gótica de las catedrales de Alemania esplica la historia de un pueblo guerrero, supersticioso, adorador de la divinidad celeste y temeroso de la divinidad infernal; si las construcciones greco-romanas del Vaticano y del Escorial nos dan noticia de un renacimiento verificado en las artes y en las letras; si los aquelarres y las patibularias escenas de Goya demuestran la degradación moral y política de la España de pan y toros, ¿qué espresa, qué representa en nuestro siglo el dominio, en la esfera del arte, de la caricatura? Indudablemente cierto elemento grotesco prevalece en la sociedad moderna. En todas las instituciones, en los múltiples sistemas, en las costumbres todas, existe un lado risible; en el inmenso cuadro que forman los racionales

de hoy, hay una multitud de figuras contrahechas, una infinidad de deformidades físicas y morales que se contraen en horribosas posiciones, y se estaxan en una continua sonrisa de helada ironía.

Domina en el mundo un deplorable escepticismo; la belleza, que aunque de origen divino es humana, se ha entregado también á la incredulidad; y perdido el pudor, ha sacado á plaza sus bellas fealdades. De aquí ha nacido la caricatura, que no es otra cosa que el escepticismo del arte; diosa jorobada y ridícula, que en su deformidad aparece encantadora á nuestros ojos, idólatras hoy de lo feo con tal que sea artístico.

Los diversos caracteres que se observan en los hombres se asimilan con el de algunos animales, símbolos de virtudes ó vicios; ha existido el hombre-caballo, el hombre-serpiente, el hombre-águila, el hombre-león, el hombre-elefante, el hombre-liebre. A nuestro siglo corresponde la incubación del hombre-mono, especie que aparece en extraordinaria mayoría. El perfil grotesco de estos seres se ha impreso en el inmóvil lienzo del arte, que todo lo reproduce fielmente, especie de ocular inmenso que guarda la imagen con toda la escrupulosidad fotográfica, y de aquí ha resultado la caricatura. Si las familias mamíferas tienen sus creencias más ó menos zoológicas, su entidad moral de cualquier clase que sea, su sentimiento de lo bello; la caricatura es el ideal, la Venus de la mitología cuadrumaná. Predomina en nuestro siglo como reflejo de su carácter esencialmente ridículo, y no es esto asegurar que estamos en una época de degradación artística, ni creer que el instinto de lo bello se ha perdido en los cerebros humanos en virtud de una dislocación craneoscópica ó de una reacción química como creerían algunos. Nó; la belleza existe en la caricatura, que es uno de los círculos concéntricos de la belleza absoluta: Dios. El Hacedor del mundo creó lo grotesco lo mismo que lo sublime; lo puso en la naturaleza, y también al dar al hombre un soplo de su esencia divina, le comunicó el espíritu de lo ridículo, lo mismo que el espíritu de lo bueno y de lo verdadero.

La caricatura existe en la creación. Entre los seres del orden zoológico existe el flamenco rojo, el topo, el mono y otros; en las plantas existe el pitaco, descarnado Quijote de la vegetación. En las obras de los hombres existe el principio grotesco aún más abundante. En la filosofía antigua está la metempsicosis; en la moderna el materialismo; en el derecho está la penada, la esclavitud, el mayorazgo; en la historia está la inquisición, las camarillas; en la literatura

el gongorismo; en las artes plásticas el orden churrigueresco y la escuela de Brueghel.

Esos apologistas de la belleza griega que, compas en ristre, miden las dimensiones de una nariz académica, no comprenden la sublimidad de lo grotesco. Esto de grotesca sublimidad parecerá una paradoja estravagante, pero no lo es: hace tiempo que el mar, las batallas, los abismos, el fruncimiento de cejas de Jupiter ha hecho de la sublimidad un irritante monopolio. La dictadura de lo grande en el sentido físico, ha caído para dar paso á la anarquía de lo trivial y lo bello, de lo serio y lo jocoso, de lo trágico y lo cómico, de Héctor y Sancho Panza.

La sublimidad que se encuentra en la caricatura, no es como aquello de *Macbeth no tiene hijos* que se encuentra en todas las retóricas; es la sublimidad de la sandez, de esas sandeces que bajo su inocencia encierran una insondable profundidad, que en medio de su insustancial sentido contienen más verdades que cuanto han dicho todos los fabricantes de sentencias, desde los siete sabios de Grecia hasta Napoleon, que no las hacía malas.

El excesivo adelanto de nuestro siglo ha producido la caricatura. Han caído en desuso las formas tradicionales de la poesía, y el amor, que tanto se auxiliaba de ellas, se ha hecho más prosaico que una mala gaceta, hablando el lenguaje chavacano de la conversación familiar. De aquí ha nacido una hermosa caricatura.

Engañando al prójimo se eleva un quidam á millonario y echa coche; pero sucede que aún arrastrado por ajenos piés es tan zopenco como ántes y no pára hasta ser duque y ministro. ¡Qué hermosa caricatura!

El estremado adelanto de la filosofía hace de un hombre razonable una pedante, entidad alemana que, embarcada en su yo, surca los espacios y no pára hasta medir los kilómetros de lo infinito. Este es otra caricatura.

Los pollos saben más que los viejos, los pisaverdes han olvidado la elegancia tradicional de nuestros mayores; las mujeres se embadurnan, y todos completan el gran cuadro de la caricatura moderna.

A este paso los hombres irán descubriendo cada vez más su lado grotesco; lo serio se irá perdiendo poco á poco: llegará un día de eterna ironía y mogiganga universal y será gracioso ver ese anchuroso valle de Josafat, cubierto con todas las figuras del repertorio de Cham.

El mundo principió por la epopeya y concluye por el sainete; Moisés dió la primera pincelada y Goya la última. La gran torre de Babel, edificada por la soberbia humana y basada en gruesas columnas salomónicas,

concluye en una raquítica y sucia bohardi-
lla poblada de gatos.

BOSQUES Y HUERTOS AMBULANTES.

DE LA TRASPLANTACION DE LOS ÁRBOLES EN PLENA VEGETACION.

Nos parece que agradarán á nuestros lec-
tores las siguientes noticias que extractamos
de un periódico extranjero.

Dice así:

«El trasplante de los vegetales leñosos,
como todas las operaciones de este género,
se hace en épocas indicadas por el estudio de
las leyes de la vegetacion, y por los datos
que suministra la práctica hortícola.

El trasplante de los árboles y de los ar-
bustos en todas las estaciones, y sea cual-
quiera el grado de vegetacion á que hayan
llegado, es uno de los casos escepcionales
que más estudian hoy los hombres que se
dedican á la horticultura. Hasta aquí el me-
jor éxito ha coronado los ensayos hechos.

El exámen profundo de esta cuestion nos
llevaria demasiado léjos. Queremos sólo re-
ferir algunas de nuestras observaciones, con
motivo de la última esposicion de Angers.

Un cuadrado de muchas areas de superfi-
cie habia sido poblado de árboles en tres
dias, y esto durante la segunda quincena de
mayo, con una temperatura muy cálida y
muy seca.

Cuando visitamos la esposicion, los árbo-
les trasplantados ofrecian las señales de una
activa vegetacion, y varios de ellos estaban
llenos de flores.

Entre aquellos vegetales habia árboles re-
sinosos de gran dimension; por ejemplo, un
Sequoia gigantea de más de cinco metros de
altura; tres cedros *Deodora*, y un *Juniperus*
thurifera de más de cuatro metros.

Estos árboles, no estando destinados á la
exposicion, no habian recibido ninguna pre-
paracion con ese objeto. Se les dejó en las
raíces bastante tierra, consolidándola por
medio de paja, faginas y retamas, atado
todo fuertemente. Se les trasladó en un car-
ro especial, necesitando algunos no ménos
de veinte hombres y dos caballos para su
conduccion.

El trasplante de los árboles verdes más
pequeños se llevó á cabo fácilmente.

Lo que más sorprendia eran los árboles
frutales trasplantados en plena vegetacion,
cubiertos de hojas y de frutas, habiendo es-
tas últimas continuado su natural desarrollo
mientras duró la esposicion. Habia perales

de diez á quince años, manzanos dispuestos
en filas horizontales, groselleros, etc.

Al cabo de dos meses, terminada la espo-
sicion de Angers, todos estos árboles fueron
devueltos al sitio respectivo que ocupaban
anteriormente. No habian sufrido nada; tan-
to, que cuesta trabajo distinguirlos de los
no trasplantados. Entre más de sesenta ár-
boles grandes, sólo dos se perdieron; un pe-
ral y un ciprés *macrocarpa*.

Veíanse en la esposicion multitud de ro-
sales cubiertos de flores, y cuyo trasplante
fué hecho con tan buen éxito, que al fin de
aquella, habian echado vástagos de más de
un metro.

Para obtener estos resultados, con una
temperatura que en Angers, durante el ve-
rano de 1864, se mantuvo constantemente á
treinta grados centígrados, y aun escedió de
este número en ciertos dias, ha habido que
dejar bastante tierra, segun queda dicho, al
pié de cada árbol. Efectuado el replante, se
les sometió á un riego continuo por el dia,
siendo este ligero sobre las hojas y copioso
en las raíces.

La plantacion en el verano de árboles
completamente desarrollados es, pues, un
hecho indudable. Es cuestion de paciencia,
de cuidado y de precauciones.»

No hace mucho presencié todo Paris la
traslacion de una fuente y de una casa, sin
quitar ni una sola piedra, llevándola sobre
unos rails con todos sus cimientos, por po-
derosos medios mecánicos. Estas maravillas
de la ciencia moderna permiten cambiar de
domicilio, digámoslo así, á las poblaciones y
á los bosques, é improvisar, como en Angers,
un jardin floridísimo.

En España hasta ahora no se ha ensayado
este medio; teniendo que esperar á que los
árboles se desarrollen, como sucede en los
Campos Eliseos de Madrid, que no ofrecerán
grata sombra hasta dentro de algunos años,
ó usando tientos como hemos visto en las es-
posiciones, medio costosísimo.

Premios. La Sociedad francesa protectora
de los animales celebró el dia 7 una gran
reunion, estableciendo premios para el que
proponga medios de mejorar la suerte de la
razas de animales condenados al trabajo.

Antes que estas sociedades, queremos ver
otras protectoras de los hombres.

El cable trasatlántico. El dia 11 se ter-
minó la construccion del nuevo cable que ha
de unir la Europa y la América, trayéndonos
diariamente, cuantas veces se quiera, las no-
ticias del Nuevo Mundo.

El mes próximo saldrán á colocarle el *Great*
Eastern y dos fragatas de guerra.

Las lenguas primitivas. En la última reunion de la Sociedad etnológica de Londres, ha leído Mr. Farrar una Memoria titulada *El lenguaje y la etnología*, en la cual pretende probar que es un absurdo el lenguaje primitivo. Farrar cree que hay varias lenguas primitivas que se refieren á diversos centros geográficos, porque segun este autor, una lengua distinta de otra no puede provenir de aquella, del mismo modo que una cebolla no puede provenir de una patata.

No estamos conformes con esta teoría; pero no entraremos á refutarla. Bástenos por ahora decir que, segun todos los testimonios más respetables, la especie humana empezó por un solo hombre y una sola mujer, que no pudieron ni hablar diversas lenguas, ni crearlas en distintos puntos de la tierra.

Aceite de tierra. El aceite de tierra, de que habrán oído hablar alguna vez nuestros lectores, se encuentra principalmente en la provincia de Pegú, entre la India y la China. Es un líquido ligero y trasparente en los terrenos que tienen elevada temperatura, y de color verdoso y espeso en los terrenos más templados.

Se evapora con facilidad en contacto del calor, y sirve para hacer velas y jabon, y para la luz.

Se extrae del mismo suelo, donde forma manantiales. Así que se descubre uno de estos, se cava un poco alrededor y allí va desfilándose hasta recogerse en gran cantidad. En Europa no tiene uso todavía este líquido natural, aunque en Inglaterra han tratado de emplearle en la fabricacion, reemplazando al aceite ordinario.

Desecacion. En el número anterior, hablando de los terrenos insalubres, citamos las legunas de Oropesa. Despues hemos sabido que estas lagunas se están desecando, bajo la direccion del ingeniero inglés Mr. Richards, que dará por terminada su obra dentro de poco tiempo.

La ortiga. La ortiga, esa planta que nace con tan asombrosa abundancia en España, tiene tambien su utilidad, y no pequeña.

Sirve de alimento refrescante á las bestias; aumenta la masa y la cantidad de leche en las vacas, haciéndola tambien más dulce. Para que la ortiga no lastime la boca del animal, basta arrancar en la primavera los retoños y dejarlos marchitarse al aire libre. Mezclándola despues en la proporcion de una cuarta parte con heno y paja, el ganado come la mezcla con avidez, y el estiércol que produce es un magnífico abono.

Cortada de este modo, se puede comer tambien en ensalada.

Otras muchas aplicaciones tiene la ortiga. Su aceite posee grandes propiedades medi-

cinales, y con sus hebras se hacen tejidos muy estimados en Asia.

Los baños. Los baños tienen por principal objeto limpiar el cutis de los residuos de la exhalacion cutánea y de los cuerpos extraños. La parte acuosa de la exhalacion cutánea desaparece por la evaporacion, y queda adherido á la piel un residuo de sales y de una materia animal que contiene productos morbíficos cuando el hombre está enfermo.

Cuando se toma un baño de 32 á 33 grados, el cuerpo conserva exactamente su peso, porque se equilibran la absorcion y la exhalacion; pero en un baño á mayor temperatura, el cuerpo pierde de su peso, por ser mayor la exhalacion: si la temperatura no llega á 33 grados, el cuerpo pesa más por ser mayor la absorcion que la exhalacion.

Estas tres divisiones han servido de base para distinguir los baños en tibios, calientes y frios.

El baño de 32 grados apenas se siente, es lo que se llama baño á placer, calmante por excelencia, propio para los niños y las mujeres. Este baño deberia tomarse todo el año cada diez ó doce dias.

El baño caliente produce aumento en el pulso y acelera la respiracion. El baño frio es tónico, calma el calor general y disminuye la traspiracion.

El ajenjo. La costumbre de tomar ajenjo como excitante, y aún como bebida, es nueva en España. Aquí, fuera de la medicina, ya facultativa, ya doméstica, no se conocia sino en infusion en el tradicional y casi patriarcal licor de ajenjo que hacian con el mayor esmero las amas de casa y madres cuidadas de familia, para obsequiar con una copita, solemnemente elogiada siempre, á los convidados á la fiesta de la parroquia, ó del pueblo, ó en los dias del amo de la casa.

El ajenjo (llamado tambien absintio de una palabra griega que significa sin dulzura), es una planta de sabor amargo, olor fuerte, cordial, estomacal, antiséptica y febrífuga.

El licor de ajenjo de que hoy se abusa tanto es una bebida fuerte, que produce temibles efectos aún en las personas de constitucion más robusta; mata y destruye lentamente. Su uso es peligroso, porque el estómago se acostumbra á él de tal modo, que es muy difícil abandonarle, y hay que ir aumentando cada dia la dosis, lo que va produciendo el marasmo y la consuncion. Es uno de tantos venenos lentos que nos suministra la civilizacion, y á los cuales podria preguntarse acerca de las causas de la debilidad de la actual generacion.

EDITOR RESPONSABLE, D. FELIPE PICATOSTE.
Imp. de LAS NOVEDADES á cargo de A. Querol, calle de Preciados, número 74, principal.—MADRID.